

Activismo y sociabilidad en las jóvenes de la Acción Católica en la ciudad de Buenos Aires (1930-1945)

Omar Acha*

Resumen

Este artículo analiza los discursos y prácticas del activismo juvenil femenino en la ciudad de Buenos Aires durante los primeros años de la década del cuarenta. Estudia las tempranas perspectivas sobre el descenso del ritmo de afiliación en la rama correspondiente de la Acción Católica Argentina y las propuestas esbozadas por la dirigencia eclesiástica para contrarrestarlo. Son analizadas algunas actividades desarrolladas por el círculo de jóvenes militantes católicas correspondiente a la Parroquia Resurrección del Señor, en la ciudad de Buenos Aires, para dar cuenta de las tensiones entre el ideal de austeridad cristiana y la atracción juvenil por el esparcimiento que coexistían en el activismo femenino en un tiempo de reconversión del concepto social de juventud.

Palabras clave: Acción Católica Argentina, juventud, mujeres

Summary

This article analyses the discourses and practices of young female activism in Buenos Aires city in the early forties. The first perspectives about the slow down of affiliation to the feminine young branch of Argentine Catholic Action are studied and the proposal by the ecclesiastic hierarchy to reverse this tendency are presented. The argument ponders some activities carried out by the young female militants of a circle corresponding to a parish church in the city, to show the conflict between the christian ideal of austerity and the attraction of amusement for young people in the context of a changing social notion of youth.

Keywords: Argentine Catholic Action, youth, women

Introducción

Visto desde hoy, el inicio de la década de 1940 constituye un momento crucial en el desarrollo de la Acción Católica Argentina. Aunque un examen retrospectivo indica que entonces comenzó a debilitarse el ritmo de crecimiento

* Universidad de Buenos Aires-Instituto Ravignani/Conicet.

en el número de socios y socias, para los actores de la época la tendencia al estancamiento no estaba de ninguna manera consolidada. Por el contrario, las dificultades percibidas parecían superables a través de una mayor y mejor militancia, tensionada entre la continuación de lo hecho y la invención de prácticas novedosas. ¿Qué perspectivas se concibieron para dar renovado impulso al proyecto de una catolización de la sociedad? ¿Qué actividades concretas de penetración y captación social fueron puestas en práctica?

Este trabajo examina la cuestión principalmente en el ámbito de las jóvenes activistas de la Acción Católica de la ciudad de Buenos Aires. Luego de una sucinta reconstrucción de la historia de la rama juvenil hasta 1940, se presentará su situación hacia comienzos de la nueva década. A través del análisis de sus publicaciones periódicas, libros de textos y comunicaciones en las reuniones nacionales, son descritas las evaluaciones, discusiones y posturas de la rama. Los órdenes del día de las reuniones de las presidentas de los círculos parroquiales permitirán reconstruir, al menos parcialmente, las acciones concretas del asociacionismo juvenil. Las actas del círculo de las jóvenes de la Parroquia La Resurrección del Señor ofrecen una imagen más precisa del lenguaje y las inflexiones ideológicas empleadas en la militancia territorial.

El objetivo general del estudio consiste en contribuir a la historia de la Acción Católica (ACA), de la que se disponen algunos estudios generales, reconstrucciones que demandan el complemento de abordajes más detallados y de menor escala analítica.¹ La hipótesis de trabajo subraya la importancia de la sociabilidad juvenil que constituía la principal atracción del acercamiento de las jóvenes católicas a los círculos parroquiales (sus células de base) o a algunas actividades por ellas organizadas.

Hacia 1940 había fraguado una clara conciencia del atractivo ejercido por las reuniones, excursiones y otras actividades grupales en las que primaba una sociabilidad jovial. El esparcimiento fue un capítulo decisivo de un activismo cuyas dimensiones doctrinales convivieron con usos despojados de ostensibles marcas religiosas. Una moderada pero reconocible sociabilidad de la diversión coexistió con la severa dedicación a la oración sobre la que insistía, entre otros, el párroco Manuel Moledo (prestaremos atención a la actuación de este religioso, de destacada actuación entre las mujeres católicas de las ramas de adultas y jóvenes). Ambos aspectos de la política de captación católica fueron objeto de una amplia campaña de movilización invocada en las publicaciones oficiales del asociacionismo laical. Una inferencia de esta investigación destaca que en el periodo estudiado estaba presente una tensión entre, por un lado, la autoridad que subordinaba el laicado a la tutela del párroco y la dirigencia institucional y,

¹ Mallimaci, 1991; Bianchi, 2002; Blanco, 2008. Estudios recientes avanzan sobre análisis de casos. Ver por ejemplo los trabajos contenidos en Lida y Mauro, 2009.

por otro, las inclinaciones prácticas de corte recreativo que primaban en las acciones concretas promovidas por las jóvenes.

Una faceta lateral de esta indagación explora un aspecto de la historia de las mujeres jóvenes en el periodo de entreguerras. Aunque las pertenencias de clase social y la implantación sobre todo urbana recortan el alcance de las referencias tratadas, la transformación de la noción social de juventud estará como trasfondo del estudio. Vale aclarar que la juventud tal como se construyó históricamente no tuvo un componente biológico como rasgo definitorio. El anclaje en una circunstancia etaria, entre la niñez y la madurez, fue flexible y estuvo sometido a calificaciones de diverso orden. La clase social y la cultura son dos aspectos centrales de una definición siempre polémica de lo juvenil.

Por último, otra discusión todavía en ciernes estará ligada a la precedente. Las interrogaciones son varias, pero aquí no es posible enunciar sino las fundamentales. ¿El catolicismo de entreguerras fue una deriva de la modernización del cambio de los siglos XIX-XX, que luego fue sin embargo superado por la onda modernizadora que alteró las costumbres desde los años veinte? ¿Hasta dónde es útil pensar la historia del catolicismo bajo el aliento primordial de los conceptos de la imaginación modernizante: urbanización, sociedad de masas, secularización, modernización? Al respecto las reflexiones se alimentan de una historiografía creciente y sofisticada.² Nuestra propuesta consistirá en intentar pensar el objeto específico del presente trabajo poniendo en suspenso las categorías habituales del pensamiento progresista estilizado por el paradigma de la modernización. Prácticas y discursos serán entonces aspectos de estrategias emprendidas en situaciones en las que los sujetos se vieron inmersos, pero donde sus vivencias y acciones fueron parte de un acontecer no clausurado de antemano.

La fundación de la rama femenina juvenil

La «Carta pastoral» emitida por el episcopado argentino el 5 de abril de 1931 para anunciar la creación de la Acción Católica estableció que la nueva institución laical no era una «cofradía piadosa». Venía a organizar el apostalado de legos con el objeto de reafirmar y extender en el pueblo el «reinado social» de Jesucristo.³ Dos semanas más tarde, el obispo Santiago Copello designó a los integrantes de los consejos superiores de sus cuatro ramas, por un lado las de varones adultos y jóvenes varones, y por otro las de mujeres adultas y jóvenes. En todo momento se destacó el carácter subordinado de la ACA a la potestad de la jerarquía eclesiástica y su cuerpo de asesores.

² Citamos las referencias más recientes: Lida, 2011; Di Stefano, 2011.

³ *Boletín Oficial de la Acción Católica Argentina* [en adelante *BOACA*], número 1, 15 de mayo de 1931, pp. 7-8.

El sector más original de la nueva entidad asociacionista fue el de las jóvenes. En organizaciones laicales precedentes, como la antecesora Unión Popular Católica Argentina, los varones jóvenes estaban representados por una Liga de la Juventud Católica. En cambio, sus contrapartes femeninas carecieron de un equivalente asociativo. La flamante Liga de la Juventud Femenina Católica tuvo como primera presidenta a Marta Ezcurra y como asesor a Nicolás Fasolino. Compusieron su Consejo Superior Elvira Cullen Crisol, Isabel Molina Pico, Lea Figallo, Raquel Varela Montes de Oca, Elda Norese Peluffo, María Luisa Noetinger, Marta Navarro Viola y María Carmen Madariaga Anchorena. Los apellidos evidenciaban que la dirigencia juvenil femenina, como sucedía con las otras ramas, estaba decididamente compuesta por mujeres provenientes de las clases acomodadas. La Liga, como sus pares de la ACA, poseía tres niveles institucionales: el parroquial, el diocesano y el federal.

La rama comprendía a las jóvenes entre los 15 y los 30 años. Más tarde se incluyeron en su órbita las secciones de «aspirantas» (entre 10 y 15 años) y de «niñas» menores de 10 años. El número mínimo de socias para la creación de un círculo debía ser de 12. Más tarde el piso se redujo a 8. El primer círculo del sector fue fundado por las jóvenes en la Parroquia del Santísimo Redentor, en la ciudad de Buenos Aires. El organismo adoptó el nombre de «Santa Margarita María».

¿Cuáles eran las convicciones del activismo juvenil en sus primeros pasos? Carentes de un documento detallado del caso porteño, poseemos sin embargo el registro de una oficialización de círculo en la parroquia rosarina de Nuestra Señora de Lourdes.⁴ En diciembre de 1933 el organismo había superado un «periodo de prueba» y la delegada del Consejo Diocesano, Carmen Guiqueaux, exhortó a las nuevas consocias a emprender la tarea «metódica y sosegada» del labrador que planta una semilla y la protege en su crecimiento. Apoyándose en unas palabras atribuidas a San Pablo, Guiqueaux retomó un discurso activista usual en los rangos de la sección equivalente masculina donde campeaba la consigna claudeliana de una preferencia juvenil por el heroísmo en detrimento del placer. En esa senda, la oradora mentó una «violencia del amor»: «Violencia de amor a Dios, violencia de amor a nuestros superiores, violencia de amor al prójimo y violencia también de amor a nuestros enemigos». El apostolado requerido debería nutrirse del trabajo y la piedad. Con la constancia del «santo entusiasmo» inspirado por la divinidad, el éxito estaría garantizado. La posterior alocución de la presidenta del círculo, Emilia Dughera, también empleó términos del léxico juvenil masculino al destacar que era hora de «hechos» y no de «palabras». El ambiente estaba transido de «malestar social», con una «juventud moralmente

⁴ Las referencias de este párrafo provienen de la revista *Lourdes*, año 2, número 16, diciembre de 1933.

desorganizada» ante la cual era preciso anteponer «afanes y sacrificios». El tema era de vieja data en el catolicismo: el mundo moderno y paganizado pervertía las costumbres. La presidenta afirmó la preteritoriedad de edificar una «vida cristiana» en la que los «sacrificios, desalientos y privaciones» harían brillar la «fe». El discurso concluyó reconociendo las futuras amargas endurecidas por la limitada cantidad de militantes del círculo, lo que sin embargo no obstaculizaría el «fiel cumplimiento» de las «indicaciones y mandatos» de las autoridades asociativas y del párroco. En suma, el vocabulario utilizado afirmó la supeditación a la superioridad, previno contra los peligros amenazantes de una juventud disipada e insistió en la dimensión sacrificial de la militancia.

En los primeros meses de existencia de la rama femenina juvenil en la ciudad de Buenos Aires, la creación de círculos fue uniforme hasta noviembre de 1931. Se creó un promedio de 4 círculos cada mes. Las fundaciones comenzaron a declinar durante el periodo estival y retomaron impulso en mayo de 1932. Hasta los últimos meses de 1933 el aumento de asociadas fue lento. En esos momentos las jóvenes disponían del mayor número de círculos, superando al de las católicas adultas de Buenos Aires en más de veinte organizaciones y a las de ambas ramas masculinas por una diferencia aún más dilatada. Esta ventaja relativa no amenguó la conciencia de la necesidad de revisar los métodos utilizados, pues era inocultable que el nivel de entusiasmo inicial no se había mantenido constante.⁵

El optimismo ocasionado por la repercusión pública del Congreso Eucarístico Internacional de 1934 y la creación de nuevas diócesis (y por consiguiente de parroquias) en el mismo año no alcanzaron a torcer la certidumbre del rendimiento decreciente que afectó a las diversas ramas.⁶ No era la primera vez, ni sería la última, en que el catolicismo argentino demostraba destrezas de movilización pública; tampoco sería la expresión postrera de las dificultades para hacer de esa capacidad un índice permanente de conquista cultural de las mayorías.⁷

A pesar de ello la implantación basada en las células parroquiales no fue cuestionada. Otras vías fueron delegadas a asociaciones católicas de otra naturaleza, generalmente vinculadas con la ACA como «adherentes». Poco antes el asesor general, Monseñor Antonio Caggiano, había subrayado la importancia de la parroquia como el ámbito esencial de la militancia.⁸ Caggiano señaló más tarde los dilemas planteados por la «lentitud» en el crecimiento de centros y círculos. Su postura fue reacia a asumir razones estratégicas en la explicación del problema, es decir, renunció de antemano a repensar desde su base la concep-

⁵ Referencias sobre los ritmos de adhesión a la ACA en Acha, en prensa.

⁶ Sobre el congreso, Galíndez, 2010.

⁷ Sobre el catolicismo y la movilización, Mauro, 2011.

⁸ Caggiano, 1932: 9, 15.

ción fundacional del asociacionismo laical y sus prácticas militantes. En un artículo de 1935, titulado «El desarrollo de la Acción Católica», indicó que el crecimiento había sido progresivo, con una lentitud «normal» dado el carácter «orgánico» de la obra. El ritmo de incorporaciones podría aumentar, continuó, si se respetaban los reglamentos y se disponía de una preparación adecuada, pues en los casos en que así ocurría, razonó, «se ha evidenciado de inmediato una transformación de la vida cristiana parroquial».⁹

Caggiano identificó dos errores frecuentes. El primero era la obsesión de inaugurar de inmediato centros con gran número de socios, «de nombre bien conocido», aunque muchas veces de vida cristiana inconsistente. El segundo error era el afán prematuro de «hacer obra» inmediatamente, lo que implicaría desconocer la naturaleza de la Acción Católica.¹⁰ Ante las críticas dirigidas a la Acción Católica por la reducción del activismo al ámbito parroquial y al terreno religioso, su respuesta consistió en recordar que recientemente se había promovido la organización interparroquial de los estudiantes secundarios y universitarios. De allí concluyó: «Queda así desvirtuada la objeción hecha por muchos a la parroquialidad de la Acción Católica, como si ella excluyera una actividad preciosa, cual es la de los Religiosos».¹¹ Debe subrayarse el tono defensivo de Caggiano y la admisión de la crítica «de muchos» al modelo de la militancia concentrada en el ámbito parroquial. No obstante el énfasis argumentativo de Caggiano, muy pronto se expresarían inquietudes mayores en el propio seno de la jerarquía eclesial que controlaba al laicado organizado.

La constitución de los círculos y centros juveniles de la ACA en los colegios tuvo consecuencias de mediana duración en la trayectoria institucional. Por razones de clase social y cohesión organizacional, esos agrupamientos fueron durante largas décadas la fuente primordial de reclutamiento del asociacionismo laical juvenil.

El asesor de la Acción Católica durante el periodo 1940-1943, Emilio Di Pasquo, puso implícitamente en cuestión la validez de las primeras directivas de cómo conducir la asociación laical y auspició una vía alternativa a la inicial traslación del modelo de la Acción Católica Italiana. En efecto, distinguió entre una estrategia «deductiva», encerrada en el cultivo interior de la organización, y una práctica de índole «inductiva», formativa de cuadros católicos capaces de incidir en sus ambientes particulares y de conquistarlos. La meta consistía en ir más allá de las reuniones parroquiales para alcanzar los lugares de actividad cotidiana. Con habilidad, Di Pasquo sugirió un cambio al destacar que «parece como que nuestra Acción Católica hubiese llegado a un punto de madurez y

⁹ Caggiano, 1939: 68.

¹⁰ Caggiano, 1939: 68-69.

¹¹ Caggiano, 1939: 80.

exigiese imperiosamente, como un desahogo vital, este nuevo paso adelante en su acción y en su organización». ¹² Esta percepción se hizo más vigorosa entre las y los jóvenes, en quienes las cúpulas eclesiástica y laical depositaban la esperanza de una expansión masiva.

Desafíos del asociacionismo juvenil

Durante su primera década de existencia la rama femenina juvenil (que en 1936 cambió su nombre de Liga Femenina de la Juventud Católica por la de Asociación de las Jóvenes de la Acción Católica, AJAC) concentró su militancia en la formación espiritual de sus dirigentes diocesanas y parroquiales. Aunque proveyó a la Acción Católica de intelectuales como Marta Ezcurra y Gloria Fontecha Morales, comprometidas con las actividades económico-sociales ligadas a Gustavo Franceschi y Francisco Valsecchi, la producción de un saber militante propio (desde luego, siempre bajo la tutela de los asesores) fue exiguo. ¹³ Las labores del activismo femenino juvenil se ajustaron al designio de llevar a cabo las disposiciones de la autoridad eclesiástica. Las estipulaciones prácticas propuestas por las activistas siempre fueron operativas y puntuales; jamás alcanzaron una dimensión estratégica.

El primer objetivo fue el de mantener la situación existente. El énfasis defensivo y aún conservador era comprensible, pues se había percibido la tendencia de las afiliadas a permanecer un periodo breve en los rangos inferiores del laicado. Ante la ausencia de alicientes, la asistencia y el compromiso decrecían rápidamente. La preocupación práctica predominante, por ende, consistió en mantener la dedicación inicial a lo largo del tiempo. La exigencia de una continuidad en el compromiso laical debía observar circunstancias en apariencia nimias pero significativas para la expansión de la rama. Por ejemplo, contrarrestar la sangría de activistas habitual en el periodo de vacaciones. Otra iniciativa sedimentada entre las vacilantes novedades de entonces fueron las «Semana de la Joven», surgidas de las «semanas de oración y estudio» compuestas por jornadas de reunión y aleccionamiento, que matizaron el tono dogmático con la distracción amena.

El «boletín técnico» de la rama, *Ideales*, publicó en más de una ocasión artículos problematizando la superficialidad del esfuerzo militante observado en numerosas afiliadas. Como propuesta para remediar la dificultad, Emilia Paz

¹² Di Pasquo, Emilio, "¿Tiene la Acción Católica un método propio de apostolado?", en *El Pueblo*, 1º de abril de 1940.

¹³ Cabe destacar el texto de Ezcurra, 1937. El breve libro recogía escritos aparecidos como suplementos en la revista *Ideales*.

convocó a difundir la doctrina económico-social de la Iglesia y, en la medida de lo posible, a hacerla cumplir. Afirmó que así se desecharía «esa A. C. 'prendida con alfileres', que a duras penas da lo que estrictamente pide el reglamento», para lograr el mandato de extender el reinado de Cristo.¹⁴

Durante sus primeros tres lustros de existencia, la rama femenina juvenil, como también su contraparte generacional masculina, alcanzó notorios progresos en la capacidad de organizar las reuniones federales. Incongruentes con el declive en la cadencia de afiliaciones, los cónclaves nacionales brindaron otra perspectiva sobre el porvenir, al menos si -lo que sucedió con frecuencia- fueron pensados como índices de la vitalidad de la AJAC. Eso ocurrió a partir de la convocatoria reunida en Córdoba en 1937. *Ideales* informó sobre el encuentro de 1.200 jóvenes en la ciudad mediterránea. Destacó que «inconscientemente» se había revivido el espíritu del Congreso Eucarístico de 1934.¹⁵ Al cumplirse 20 años de existencia de la Acción Católica, la presidenta de la AJAC, Susana Lastra, refirió tales reuniones para periodizar la actuación de la rama.¹⁶ Lastra distinguió una primera etapa de «irradiación personal» en la captación de militantes parroquiales, esto es, la construcción de los núcleos fundacionales de cada círculo. Una segunda etapa, correspondiente a una organización más sólida, promovió las «Semanas de la Joven» que generaron un entusiasmo asombroso a nivel local y a veces diocesano. La tercera etapa, desplegada durante el cambio de década 1930-1940, implicó la extensión de estos eventos multitudinarios en el plano federal, que pasó de los 1.400 delegados de las dos ramas juveniles en la reunión de Buenos Aires (1933) a 7.000 delegados en la asamblea de Mendoza (1943).

Sin embargo, la repercusión de los acontecimientos masivos -periódicos u ocasionales- no logró enmendar la performance de la actuación cotidiana y local de la rama juvenil. La divergencia es explicable: las reuniones federales suponían un importante esfuerzo de traslado y asistencia, pero también eran oportunidades de esparcimiento, no necesariamente reñidos con la convicción religiosa. Había en ellas una ocasión a la vez confesional y entretenida, sin el desgaste de la periodicidad que afectaba la participación rutinaria. Por añadidura el atractivo de lo multitudinario extendía el encanto de una concentración excepcional.

Veamos la evaluación elaborada por Susana Lastra del Primer Congreso de las Jóvenes Católicas de Buenos Aires realizado entre el 20 y el 22 agosto de 1942. Su ya citado texto de 1951 recordó al evento como un «verdadero modelo», que resultó para sus organizadoras un «milagro» de la Divina Providencia.

¹⁴ Paz, Emilia, "En la hora actual", en *Ideales*, año 5, número 116, septiembre de 1936, Buenos Aires, p. 699.

¹⁵ *Ideales*, año 4, número 90, Buenos Aires, 10 de agosto de 1935.

¹⁶ Lastra, Susana, "La A.J.A.C. y la juventud femenina" en *BOACA*, número 20 Aniversario, Buenos Aires, abril de 1951.

Durante las tres jornadas de conferencias 100.000 jóvenes concurren a los 52 locales habilitados para recibir enseñanzas sobre «los problemas de la mujer moderna». Lastra calificó al encuentro como «el mayor movimiento que se ha realizado en el orden diocesano», traducido en la creación de «asociaciones de señoritas», en la emergencia de una «inquietud por el ambiente» entre las dirigentes, en el descubrimiento de jóvenes con la capacidad oratoria para presentarse en público y, más ampliamente, «en una toma de conciencia más profunda de la responsabilidad que tenemos de llegar al ambiente juvenil».¹⁷

La significación del acontecimiento halló su realidad más importante, como señaló Lastra, en la creación de las asociaciones de señoritas (sobre las que volveremos). Otros aspectos del congreso fueron más opacos para las propias élites femeninas. Así fue que en la reunión de presidentas de los círculos parroquiales realizada un mes después del evento se expresó la falta de conocimiento que las dirigentes tenían sobre qué había hecho cada socia en la ocasión.¹⁸ Si bien se organizaron actividades de propaganda, consistentes en la invitación personal a las jóvenes de cada barrio y la confección de un «fichero» destinado a proseguir los contactos, era evidente que el acontecimiento había alcanzado una repercusión inesperada. Al respecto debían decidir qué hacer con ese capital militante que consideraban virtualmente disponible. Para recoger información sobre el Congreso, las dirigentes juveniles de la arquidiócesis decidieron realizar una encuesta anónima entre las socias donde se preguntó a qué conferencias habían asistido en cada uno de los días, si habían concurrido por interés propio o por obligación, y si habían presenciado la misa posterior y el acto final en el estadio Luna Park. También se inquirió sobre los pareceres respecto de las conferencias y la actividad de clausura, y se solicitó la autoevaluación sobre si se había respondido adecuadamente a los deberes de oración, propaganda y asistencia. Finalmente se demandó información sobre el apostolado individual realizado en la ocasión y sobre las reacciones posteriores percibidas en el ambiente. La recolección de esta información revelaba la preocupación por conocer mejor las características del compromiso militante de las jóvenes. En suma, más allá de las representaciones entusiastas, el significado del Congreso constituía un problema en sí mismo. Era insuficiente suponer su éxito como dado

Un diagnóstico de 1940 y la cuestión juvenil

Uno de los exámenes más detallados de la evolución cuantitativa de la Acción Católica hacia 1940 fue el de Nicolás Fasolino, quien subrayó el carácter

¹⁷ Lastra, Susana, "La A.J.A.C...", cit, p. 66.

¹⁸ Reunión de Presidentas de los Círculos Parroquiales de la A.J.A.C. de Buenos Aires, *Orden del día*, número 41, 17 de setiembre de 1942.

«eminentemente operativo» de la militancia en la Acción Católica. Nos detendremos en sus consideraciones porque muestran el alcance de las técnicas imaginadas por un asesor cuya palabra detentaba gran relevancia. El obispo santafesino anunció que la rama juvenil contabilizaba un total de 4.492 renunciadas en los últimos tres años. En cifras globales, entre 1937 y 1940 la rama había disminuido en 65 socias. Si bien, ironizó Fasolino, por esa reducción no iban a llamar a un concurso de acreedores, la formación de 102 nuevos círculos -calculando que cada uno de ellos contaba con no menos de 12 asociadas- debía incorporar alrededor de 1.224 integrantes, por lo que el número real de la pérdida sería esta última cifra más 65, es decir, 1.289.¹⁹

El aumento de los círculos pareció exponer una mejor performance en el nivel diocesano que en el parroquial, pues era evidente una desigual velocidad relativa en el crecimiento. En otras palabras, era más sencillo promover la creación de círculos que sostener el desarrollo de estos en el mediano plazo. Para dar cuenta del problema, Fasolino mencionó a las socias indolentes, durmientes y «que no caminan», como lastres para la organización de las jóvenes. Demandó una estrategia ofensiva que, reconoció, exigía despertar un mayor fervor militante. Para alcanzarlo, lo primero era la práctica de la oración, a lo que debía añadirse la mortificación.

El obispo de Santa Fe aconsejó a cada activista trabajar sobre las amigas más cercanas, quienes debían ser invitadas insistentemente. Fasolino razonó que a la tercera invitación a concurrir a una reunión de círculo la amiga en cuestión se vería forzada a asistir para no tensar el lazo personal. Entonces comenzaría la ardua tarea de «trabajarles el ánimo». Había que plantar una «semilla» en el corazón de la nueva concurrente, por ejemplo, recordando noticias aparecidas en la revista *Ideales* o relatando novedades de la Acción Católica en el extranjero.

Luego el obispo abordó los problemas internos de los círculos, tales como las diferencias de clase que tornaban problemáticos los vínculos entre las socias y el aburrimiento en las sesiones de estudio. El primer punto era particularmente delicado dada la hegemonía entre las presidentas de círculo de las jóvenes de sectores acomodados en los primeros lustros de la AJAC. En efecto, la desigualdad de clase suscitaba roces que Fasolino reconocía al señalar: «En los Círculos parroquiales hay socias ricas y pobres. Se debe poseer un tacto especial para no hacer sentir la pobreza y ha de buscarse, antes de proponer asuntos o movimientos, la manera de hacer que ninguna socia quede herida. Este es un punto delicado, que ha de tenerse en cuenta hasta en el punto del cobro de las cuotas de las socias de la Acción Católica».²⁰

¹⁹ Fasolino, Nicolás, "Urgente necesidad de conservar a la socia y conquistar nuevos elementos", en Asociación de las Jóvenes de la Acción Católica, 1940.

²⁰ Fasolino, Nicolás, "Urgente...", cit., en Asociación de las Jóvenes de la Acción Católica, 1940: 107.

Respecto del otro problema, recordó la frase pronunciada por una joven inconforme que había calificado de «opio» las reuniones de estudio: «Porque habla una siempre y es la misma voz; nos habla de una manera que no entendemos o se ve que no se ha preparado en nada; y estamos esperando que se acabe para irnos a respirar». El reproche ocultaba un límite crucial para la captación duradera de las voluntades juveniles, pues introducía la cuestión de un compromiso irreductible a la oración y mortificación que el sacerdote aconsejaba como nutriente del activismo. En efecto, había allí al menos dos temas esenciales en las prácticas del asociacionismo laical: por un lado la verticalidad de la palabra que descendía del asesor y se transmitía a través de la presidenta del círculo, y por otro la fatiga expresada por la limitada capacidad del entusiasmo logrado por una visión austera de la práctica militante.

Un obstáculo de otra naturaleza, siempre de acuerdo con Fasolino, era la demanda de tiempo y la orientación de las conductas propias de la aceptación de una identidad y un cargo institucionales. En efecto, las jóvenes solían mostrar interés en asociarse pero se replegaban apenas era insinuada la necesidad de realizar tareas exigentes y de atenerse a una conducta pública conteste con los preceptos institucionales.

La militancia laical implicaba la imposibilidad de ir a bailes y al cine, o concurrir a la playa como cada cual quisiera. Fasolino creyó necesario discutir expresamente una creencia sobre la indiferencia de los jóvenes por las muchachas de la Acción Católica. En apariencia, las jóvenes identificadas con el compromiso laical tenían mayores dificultades para casarse. La representación del laicado femenino juvenil como una lápida para el deseo de los jóvenes debía ser neutralizada. Para desacreditar esa imagen que alejaba a las posibles adherentes, las militantes debían mostrarse simpáticas:

«Hay que conservar siempre ante cuantos os observan un estado particular de buen tono, alegría sana, presentación agradable, piedad amable, compañerismo digno y cariñoso; nunca más esas caras serias, lánguidas, agriadas, que repelen el afecto de las compañeras (...)».²¹

Como sucedió con Caggiano, Fasolino no disponía aún de una posición nítida respecto de las prácticas del activismo de círculo. Reconociendo los problemas de expansión, su consejo continuaba subordinado a una preocupación predominante por la dinámica interna de lo ya existente. La percepción de los cambios organizativos y actitudinales para incentivar una mayor participación carecía de una visión sistemática.

²¹ Fasolino, Nicolás, "Urgente...", cit., en Asociación de las Jóvenes de la Acción Católica, 1940: 110.

La tensión entre la lógica endogámica y la apertura hacia una inserción ambiental jamás logró durante estos años una formulación clara. Cuando se produjo un enunciado teórico sobre el funcionamiento de los círculos, el texto proveniente del Consejo Superior de la AJAC subrayó la verticalidad como el criterio de una correcta «vida organizativa». Fue lo que en 1943 se planteó como una definición de la lógica institucional en un manual para dirigentes de círculo. Allí se señaló que un círculo vivía el sentido de su existencia en la medida que las dirigentes y las socias «cumplen todas las normas y orientaciones venidas de arriba», y «si viven estrechamente unidas a su respectivo Consejo Diocesano y por intermedio de él, al Consejo Superior». Por último, ese «sentido de la existencia» también dependía de que «todos los trámites los realizaran de acuerdo con las normas que prescribe el Reglamento y con lo que ha establecido la autoridad competente».²² Es decir que en el plano de las disposiciones normativas, en 1943 la estrategia correcta debía atenerse a los estatutos existentes y al respeto de la autoridad.

Una dimensión nada desdeñable de la indiscutible subalternidad de las jóvenes para atenerse a la tutela de asesores eclesiales y laicos adultos, que reforzaba la subordinación del activismo laical a la jerarquía, fue el valor cultural asignado a la juventud, y especialmente a la juventud femenina. La cuestión produjo tensiones, bien que aplacadas, en un periodo en que se estaban transformando las experiencias de la juventud como tramo de la vida.

El tema de la juventud se tornó urticante a fines de los años treinta porque si bien no se había resignado la voluntad de expansión masiva de la Acción Católica, era notoria la existencia de un problema particularmente urgente en la conservación de los cuadros militantes entre las ramas femeninas. En efecto, se había percibido una notable merma en el pasaje asociativo de la condición de «joven» a la de «mujer».²³ Y en ello se observó una dimensión propia de lo juvenil. Las filas católicas no eran totalmente inmunes al brío juvenilista visto como uno de los males del siglo.

Debemos detenernos sobre la cuestión del juvenilismo que irrumpía en las reflexiones críticas sobre la evolución del tránsito vertical entre las ramas. La dirigencia del laicado debía enfrentar la ampliación de la juventud como un periodo específico del ciclo vital, caracterizado por la diversión y el disfrute. La lenta pero constante incorporación de las jóvenes de las clases medias y altas al sistema educativo secundario y universitario generó las condiciones para la consolidación de formas de sociabilidad juvenil femenina. Esta no fue, desde luego, una novedad exclusivamente católica. Como fuera, la extensión de la mencionada sociabilidad a otros sectores tuvo consecuencias duraderas para la participa-

²² Asociación de las Jóvenes de la Acción Católica, 1943: 229.

²³ Di Pasquo, Emilio, "Otra disposición importante", en *BOACA*, número 244, agosto de 1942.

ción en la AJAC, aunque formalmente la Asociación continuara rigiéndose por ideales incompatibles con la vivencia de una juventud gozosa y pasajera. El carácter transitorio de la juventud, antes que condenarla por perecedera, la hacía una oportunidad fugaz que no debía ser desperdiciada. La mutación en el concepto de lo juvenil incidió sobre todo entre las mujeres jóvenes, pues era menos nueva entre los varones de las clases medias-altas y altas.

El problema surgía cuando era demandada una militancia exigente o la permanencia en la institución en una etapa posterior de la vida. Para la dirigencia de la Acción Católica, la fase juvenil de la vida debía ser solo un tránsito hacia la auténtica experiencia de una madurez adecuada al ideal cristiano del sacrificio y la severidad. De allí que Emilio Cárdenas, el presidente del Consejo Superior, aconsejara que las ramas juveniles y las secciones preparatorias educaran a sus afiliados y afiliadas en el amor por Cristo y la Iglesia, y no meramente en el cariño por sus organizaciones juveniles. Expresó con claridad la necesidad de desencantar al periodo de la juventud, al ponderar

«[q]ue no los embriaguen, sin querer, de ese culto a la juventud, de raíz pagana, que falsea el concepto verdadero de lo que vale la juventud como promesa y esperanza de fecundidad futura. Dentro del termino normal de la vida humana, no es la juventud su parte más larga sino la más corta. Y es indudable que en conjunto, no suele ser su época más constructiva ni más fructífera».²⁴

El lugar subordinado de las jóvenes era consonante con una actitud predominante entre las mujeres adultas, para quienes aquellas aparecían como necesitadas de tutela. Las «hijas» concitaron la mayor atención de las «damas católicas», que elaboraron textos sobre sus preocupaciones como madres. Estas inquietudes poseían una muy evidente pertenencia de clase social. Tanto las imágenes maternas en publicaciones de las católicas adultas, por ejemplo en *Anhelos*, como las peripecias de las hijas de los hogares privilegiados, eran aquellos de las propias «damas católicas».²⁵ Por ejemplo, las repetidas quejas contra la «nurse» inglesa que introducía -además del veneno del protestantismo- una mayor licencia en las costumbres de las «niñas», mostraba que la contratación de una niñera extranjera era una norma que las damas católicas consideraban como un hecho habitual. Dentro de este contexto social, las adolescentes eran un enigma para sus conservadoras madres, quienes advertían sobre la necesidad de un

²⁴ Cárdenas, Emilio, "¿'Pase' o continuidad?", en *BOACA*, número 255, julio de 1943.

²⁵ El caso de las jóvenes trabajadoras de las clases populares, aludidas en la revista *Fe y Trabajo*, pertenecía para el catolicismo laical a un orden práctico y simbólico diferente, incommunicable con el supuesto para sus propias hijas. Las trabajadoras del servicio doméstico, llamadas "Martas" por la santa patrona de su organización laboral católica, carecían de representaciones que les atribuyeran cualquier autonomía.

sistema de control para conjurar un peligro que hallaban en las «amigas» de la joven una fuente de perdición. Era obligatorio saber quiénes eran tales amigas, qué leían (sobre todo se prevenía contra las revistas baratas, supuestamente vehículos de lascivia) y con quiénes conversaban por teléfono. Había que controlar qué vestidos utilizaban (principalmente los trajes de baño). Los hábitos extranjeros debían restringirse, pues eran anticristianos. La educación universitaria tampoco era siempre aconsejada pues conducía a preferencias en ocasiones perjudiciales. Debían ser cultivadas las habilidades consideradas más propiamente femeninas. He aquí una representativa invocación a la joven: «Vuelve a adquirir *las ciencias domésticas* que fueron gala de tus abuelas (...) No serás menos sabia, porque sepas *manejar una aguja, curar una herida o bañar a un niño*: al contrario, serás más independiente, más capaz, *más mujer*».²⁶ Con estas amonestaciones se reconocía implícitamente una modificación drástica de los hábitos femeninos, al principio más dinámicos en las familias de la clase dominante y en los estratos más altos de la clase media, cuya alteración las damas católicas deseaban resistir. El gran problema que el cambio cultural implicaba para la adhesión juvenil a la Acción Católica consistía en que las estructuras de sentimiento laicales y juveniles tendían a desacoplarse.²⁷ El concepto social de la joven se tornó distante de la imagen heroica, según vimos presente en los discursos de 1933, que todavía no había sido revisada.

La Acción Católica de 1940 no acertaba la fórmula para acrecentar su inserción en capas más amplias de la población. Es preciso, sin embargo, despejar una evaluación demasiado retrospectiva. Para el catolicismo de la época, todo estaba por hacer y los progresos eran innegables. Además, existían dimensiones del activismo que excedían el plano de las estrategias pensadas por la dirigencia. Las estipulaciones institucionales que tendían a consolidar las formas burocráticas antes que la apertura de las prácticas definidas en los estatutos describen solo un sector de la realidad laical. La creación de varios secretariados, la adhesión de numerosas asociaciones católicas de otra definición, el impulso a la formación de agrupaciones de profesionales, y la multiplicación de iniciativas por sacerdotes y organizaciones parroquiales activistas revelan la existencia de otros aspectos de la vocación militante, que enseguida recorreremos en una de sus expresiones locales.

²⁶ Sáenz Quesada de Sáenz, Lucrecia, "El problema de nuestra hijas: ¿la profesión?", en *Anhelos*, número 6, abril de 1938.

²⁷ No obstante, es preciso señalar que hacia 1940 las principales advertencias para conservar la disciplina en el seno de la Acción Católica estaban dirigidas a los jóvenes atraídos por las vertientes más nacionalistas y cada vez más insatisfechos con la moderación de la máxima dirigencia laical. Por ejemplo, Cárdenas, Emilio, "Disciplina necesaria", en *BOACA*, número 231, julio de 1941.

Activismo en la Parroquia de la Resurrección del Señor

Para avanzar hacia un conocimiento de las prácticas concretas de inserción local y captación de las voluntades militantes, proponemos analizar las acciones emprendidas por las jóvenes católicas del círculo correspondiente a la porteña Parroquia Resurrección del Señor, ubicada en la avenida Dorrego 894, casi avenida Corrientes. Por su situación geográfica, la parroquia recibía feligreses de los barrios de Chacarita y Villa Crespo, pero también, aunque en menor medida, de Palermo y Colegiales. Compartía la militancia eclesial de esos barrios y sus aledaños con otros templos relativamente cercanos, como los de Todos los Santos y Ánimas, San Bernardo, San Pablo y del Rosario. Fundada en 1934, la iglesia de la Resurrección del Señor estuvo regida por el activo y aún joven padre Manuel Moledo, un diligente organizador e intelectual de las ramas femeninas de la Acción Católica. Asesor general de la rama juvenil masculina durante buena parte de los años cuarenta, supervisó en la década siguiente la Liga de Madres de Familia y en 1960 a los empresarios católicos de la Asociación Cristiana de Dirigentes de Empresa.

Moledo se interesó en reforzar el compromiso militante del laicado a la vez que proponía directivas doctrinarias. El sacerdote de Chacarita ofreció numerosas conferencias en distintas instancias oficiales de la Acción Católica y en las instituciones adheridas. Dedicó amplios esfuerzos a fortalecer su iglesia en el entonces barrio popular. El lugar de la juventud se asoció estrechamente en su memoria con la edificación parroquial, según relató décadas más tarde a José Luis de Imaz:

«[Fui] [c]jura párroco de la Resurrección que era una iglesia que se acababa de construir, en un barrio donde nadie iba a la iglesia. Era un barrio de llegados de Polonia, de Alemania, de los judíos salvados de la persecución nazi. Y de anarquistas españoles, italianos... En la Resurrección no había más que las paredes. Tuve que comprar los bancos, hacerlo todo. Quise enseguida hacer una parte para los jóvenes, toda un área de la iglesia exclusivamente para ellos, donde se pudieran reunir...»²⁸

Las perspectivas de Moledo se expresaron en el comienzo del periodo aquí estudiado en una serie de cuatro conferencias dictadas en ocasión de la Semana de Acción Parroquial.²⁹ A las 19.30 horas del 9 de septiembre de 1940, Moledo

²⁸ De Imaz, 1987: 62.

²⁹ La información sobre Moledo y la actuación de la rama femenina de la parroquia Resurrección del Señor está basada en documentación original del círculo de jóvenes que se encuentra en el archivo del autor.

tomó la palabra ante las distintas secciones de la Acción Católica, más algunos representantes de congregaciones y fieles especialmente invitados para explicarles las dificultades del activismo laical. El sacerdote afirmó que la primera limitación consistía en que las 150 personas comprendidas en los círculos y centros de la parroquia eran insuficientes para las tareas que sería necesario realizar. Las exigencias más demandantes recaían sobre el círculo femenino juvenil, que contaba con alrededor de 50 militantes. Moledo expresó su pesar por el fracaso en 1939 de un emprendimiento para crear un hogar donde se enseñara a leer y escribir, además de materias como corte y confección. Sucedió que el catecismo y otras labores parroquiales habían absorbido todo el «elemento actual», imposibilitando nuevas obras. Moledo subrayó la meta «primordial» consistente en la salvación de las almas, pero también identificó un «fin secundario» aunque «importantísimo»: «obras sociales, culturales, deportivas».

La postura de Moledo revelaba una inclinación a exceder el espacio de la actividad de los centros y círculos. Desde su punto de vista estaban demasiado volcados hacia las propias redes sociales y amicales ligadas al espacio parroquial. Esa convicción explicaba la dedicación de Moledo para incentivar distintas estrategias de «penetración» ambiental. La posición del párroco intentaba comprender en una estrategia compleja la dualidad de las orientaciones de militancia laical que caracterizó a la ACA desde su mismo inicio, a saber, una tendencia a formar un núcleo de cuadros sólidos, una élite militante, y otra dirigida a ampliar el número de asociados mermando las exigencias de selección. Para las jóvenes, la primera tendencia ponía el acento en los retiros y ejercicios espirituales, los apostolados de la oración, la concurrencia a misas especiales (por ejemplo la dedicada a la patrona de la rama, Santa Teresa del Niño Jesús), la asistencia a ordenaciones sacerdotales y concentraciones especiales o el apoyo a diversas campañas como la conmemoración de los fieles difuntos.

La coordinación con los otros círculos de la arquidiócesis era realizada a través de la actividad de la presidenta del círculo parroquial en una reunión mensual con sus pares. Dada la estructura jerárquica de la organización, esta instancia era sin duda la más sistemáticamente conducida por el Consejo Superior de la AJAC. Las órdenes del día de las sesiones de la reunión de presidentas contenían por lo usual una agenda de 15 a 20 asuntos para su tratamiento. Los temas incluían informes de las actividades de la rama y anuncios de eventos de próxima realización. Si bien en algunos casos se solicitaba con antelación la propuesta de ideas para la concreción de lo decidido, la tónica general era la comunicación de disposiciones sobre actividades ya definidas.

La tendencia a la burocratización, por lo demás nada exclusiva de las instituciones católicas, estaba acompañada por esfuerzos de complejización del activismo, tanto en los niveles superiores como en el plano parroquial. Desde arriba se desplegó un amplio abanico de novedades organizativas y militantes,

tales como las promovidas por la Junta Central de la ACA a través de los secretariados económico-social, de moralidad, de propaganda y publicidad; la promoción de asociaciones profesionales (abogados, economistas, arquitectos, médicos); la solicitud de sanciones legislativas sobre salario familiar y previsión, la articulación desde 1940 con la recién creada Juventud Obrera Católica y las más antiguas asociaciones autónomas adheridas a la ACA. También se observó un esfuerzo de aceptación y regulación de las novedades observables en el interés manifestado por las jóvenes en eventos colectivos como el antes mencionado Primer Congreso de las Jóvenes Católicas de Buenos Aires.

Para «conservar el elemento conquistado» en el Primer Congreso, e inspirado en la experiencia que el círculo de la parroquia de Santa Clara llevaba adelante desde hacía 5 años, el Consejo Arquidiocesano de las jóvenes decidió la creación de las «Asociaciones de Señoritas» en cada parroquia, dependientes del círculo femenino juvenil. El objetivo consistía en atraer a las jóvenes no inscriptas en otras organizaciones católicas para mantener el contacto y encaminarlas «poco a poco» hacia la vida verdaderamente cristiana. Se reconocieron las desigualdades en el entusiasmo de las «señoritas», evitando forzar una militancia para la que no todas estaban preparadas. Las asociaciones poseían dos rangos de pertenencia: socias y simpatizantes. El periodo de prueba de las socias era de un año, por lo tanto más prolongado que los cuatro meses estipulados para las integrantes de la Acción Católica. La joven afiliada a una Asociación de Señoritas tenía deberes religiosos, morales y sociales. Entre los primeros se hallaban las plegarias de la mañana y la noche, la asistencia a misa todos los domingos y días festivos, y el cumplimiento de los sacramentos de confesión y comunión para la Pascua, la fiesta de Cristo Rey y las celebraciones patronales. Entre las tareas morales debían observarse los ideales cristianos como norma de vida en todos los actos, públicos y privados, no concurrir a espectáculos teatrales, cinematográficos y fiestas «inconvenientes», no leer diarios, revistas o libros inmorales, y cuidar la «pureza» antes del matrimonio. Los deberes sociales incluían ser «el consuelo, la alegría y el ejemplo» de la propia familia y estar dispuesta a prestar ayuda para trabajar en las obras de Dios. Las simpatizantes solo se comprometían a asistir a las reuniones mensuales de la Asociación cuando lo desearan y podían permanecer en su condición por tiempo ilimitado. De hecho, en el instructivo de creación de las asociaciones que distribuyó el Consejo Arquidiocesano se estableció que se debía tolerar que las socias ocasionalmente no asistieran a los cónclaves mensuales.

En el círculo de jóvenes de Resurrección del Señor el Congreso de 1942 suscitó una efervescencia singular. Para fomentar la asistencia al Congreso el núcleo logró la preinscripción de 1.750 jóvenes de las inmediaciones. Aunque para la conmemoración del evento realizada el año siguiente solo respondieron al nuevo llamado 150 de aquellas, el número era importante en comparación con

el exiguo contingente de las más comprometidas integrantes del círculo juvenil.

A partir de entonces, y hasta el fin del periodo aquí estudiado, el círculo y la asociación colaboraron en las actividades de formación y recreación que constituyeron el eje de la militancia parroquial de las jóvenes. Junto a la asistencia a las conferencias de Moledo, ambas organizaciones compartieron la convocatoria a charlas donde confluyeron la religiosidad, el entretenimiento y la reivindicación nacionalista. La presidenta del círculo y la directora de la Asociación de Señoritas subrayaban esos aspectos al expresar gratitud por una disertación que Gloria Fontecha ofreciera en la parroquia. «Su palabra vibrante y entusiasta, señorita Gloria», le escribieron sobre los sentimientos experimentados por las «muchachas» oyentes, «logró conmoverlas y su interés iba en aumento a medida que les hacía comprender a que altos ideales estaba llamada la mujer y que magnífica es su alma cuando la adorna una inmaculada pureza y una exquisita feminidad».³⁰ Concluyeron la nota indicando los valores predominantes en su lenguaje: «Dios Nuestro Señor, bendecirá la semilla que usted ha sembrado en todas nuestras jóvenes, haciendo que fructifiquen en ellas las virtudes de la pureza, alegría y sencillez, para gloria de nuestra amada Iglesia y de nuestra querida Patria».³¹ Otra misiva, esta vez dirigida a Orestes Schiuma para agradecer una conferencia sobre cultura folklórica, muestra un interés más mediatamente ligado con lo religioso. Este fue el núcleo de la argumentación:

«Sus elocuentes y amenas palabras desarrolladas por usted de manera tan inteligente y sencilla, a la par que nos brindaron la oportunidad de gozar de un momento de sano esparcimiento, lograron hacernos comprender y valorar aún más el inmenso caudal de ricas melodías, la diversidad de matices que encierra nuestra música folklórica y también, por qué no decirlo, al transportarnos con su composición a la majestuosa y solitaria Pampa, parecíanos escuchar junto con el monótono andar de las carretas, las sentidas canciones de nuestros hermanos de tierra adentro, ahondándose con mayor firmeza en nuestra alma el sentimiento de la argentinidad y el amor por las horas bellas de nuestra querida Patria».³²

Las actividades de atracción incluían las salidas colectivas para realizar pic-nics, en repetidas ocasiones aprovechando la estancia «Villa María» puesta a disposición por la señora Sara Bénédict de Pereda, una dama católica colaboradora en la parroquia de Moledo. Dentro de este mismo orden de iniciativas, el 9 de febrero de 1942 el círculo dirigió una nota a las jóvenes de sus contactos parroquiales para invitarlas, en ocasión del lunes de carnaval, a una excursión a

³⁰ Carta del círculo y la Asociación de Señoritas a Gloria Fontecha, 23 de agosto de 1943.

³¹ Carta del círculo y la Asociación de Señoritas a Gloria Fontecha, 23 de agosto de 1943.

³² Carta del círculo y la Asociación de Señoritas a Orestes Schiuma, 20 de octubre de 1943.

La Lucila. La convocatoria subrayó el disfrute y no el recogimiento. «El día espléndido y hermoso que hará, las jóvenes alegres que irán y el campo magnífico con sus canchas, pista de patinaje, etc., etc., que posee La Lucila», decía la invitación, «hacen prever que pasaremos horas de inolvidable y sana expansión».

Ocho meses más tarde se identificaron como «tus amigas de la Resurrección del Señor» para convocar a las socias a una «Reunión de Camaradería» destinada a celebrar la Asunción de la Santísima Virgen. El evento contaría con diversos números de canto y recitado. Además «Apenitas», el conjunto filodramático del círculo, representaría la comedia «La fuerza de un ideal», en la que previsiblemente se trataría un tema de índole religioso.

La atracción de las socias y «señoritas», sin embargo, no era sostenible permanentemente. Tal como ya se ha dicho, el momento más difícil era el periodo vacacional. Las reuniones del círculo cesaban durante casi un trimestre coincidente con los meses más cálidos del año. La ausencia era importante porque el reinicio de las actividades en febrero indicaba una merma que solo se recuperaba con dificultades en los meses subsiguientes gracias al retorno de las socias con aliento renovado y la captación de nuevas adherentes. Para contrarrestar el efecto disgregador de las vacaciones, las presidentas de los círculos intentaron, sin éxito, flexibilizar las exigencias militantes para el lapso estival. Entre las tácticas aconsejadas se encontraba la transformación del formato habitual de la «clase» en las reuniones a una conversación sobre un tema que decidieran las socias. El tópico tratado debía ser atractivo. Alternativamente, se propuso introducir una acción práctica que aliviase la aridez de las exposiciones solo teóricas. Por caso, se podía estudiar liturgia y pedir al asesor que condujera las jóvenes a la sacristía y explicara la función de los objetos y ornamentos del culto. Pero era inexorable aceptar que, salvo casos excepcionales, las reuniones de verano no se realizarían. Entonces, se estipuló un *Orden del día* de las reuniones de presidentas de círculos, las comisiones directivas parroquiales debían mantener el contacto con sus asociadas, llamándolas por teléfono, «sabiendo qué hacer, o buscándolas con algún motivo». Lo esencial era conservar el vínculo. A las que veraneaban se debía enviar los boletines, comentarles los artículos que pudieran despertar su interés, informarles de la vida del círculo.³³

La actividad del círculo juvenil femenino mostró durante la primera mitad de la década de 1940 este tenor de preocupaciones. El padre Moledo prosiguió estimulando el compromiso subjetivo de sus fieles y desplegando una incansable actividad como asesor. Sin embargo, en el núcleo femenino la militancia continuó escindida entre la percepción de la necesidad de salir del terreno parroquial y la dinámica interna, apoyada en una fuerte cultura del esparcimiento. En efecto, ese aspecto constituyó un plano fundamental de la atracción que concitaba

³³ Reunión de Presidentas de los Círculos Parroquiales de la A.J.A.C. de Buenos Aires, *Orden del día*, número 34, 19 de diciembre de 1942.

la actividad del círculo y la Asociación de Señoritas. La existencia de esta Asociación en sí misma reforzaba la tendencia a flexibilizar la carga militante exigida a las jóvenes católicas. Dentro de este marco, las dificultades de una expansión cuantitativa de la Acción Católica se alimentaron del contraste aparente entre dos tipos de obstáculos. En primer término el que implicaba el verticalismo de la institución, problemático para lograr una autonomía que suscitara el entusiasmo una vez alcanzado el rendimiento decreciente de la afiliación lograda hasta 1935. En segundo término las seducciones distractivas que la sociedad ofrecía a las jóvenes poco dispuestas a comprometerse duraderamente con una milicia exigente. De allí que hacia 1945 se hiciera más evidente la escisión entre las normativas emanadas desde la jerarquía y la máxima dirigencia laical, por un lado, y las bases militantes, por otro.

La asamblea federal juvenil de 1946, que reunió 40.000 asistentes, prometía un salto enorme en la adhesión a las filas de la AJAC y a su contraparte masculina. Pero ya sabemos que las cifras de las reuniones periódicas no son representativas de las militancias cotidianas y localizadas. En todo caso, la milicia católica laical ingresó sin una solución clara para sus problemas en la difícil década peronista. La enorme presión generada por el peronismo melló la atracción de la Acción Católica entre la juventud, aunque durante el conflictivo periodo 1954-1955 se verificó un regreso temporario de la vocación militante, atizada por una Iglesia que se presentó como la víctima de un gobierno totalitario. Luego de setiembre de 1955, las estructuras e ideologías superiores de la ACA se resistirían a cambiar y ambas estallarían, particularmente con fuerza en las ramas juveniles, en los tiempos postconciliares.

Conclusiones

Hemos mostrado las primeras respuestas de la dirigencia eclesiástica y laical hacia los signos de estancamiento en la afiliación a la ACA. En tal sentido se ha visto que las propuestas de asesores como Caggiano y Fasolino, con mayor o menor ductilidad y apelación a temas de la época, insistieron en el respeto de las formas estatutarias como la mejor manera de resolver las dificultades en la captación. Tales posiciones contrastaban con las prácticas llevadas a cabo en las realidades cotidianas del activismo de las jóvenes católicas. Uno de los métodos de atracción principales fue la realización de reuniones multitudinarias. Las «semanas» de actividad juvenil fueron eventos específicos, únicos, que podían concitar una numerosa concurrencia no dispuesta, empero, a concurrir con periodicidad a las reuniones de los círculos parroquiales.

Dentro del marco de la propia ACA, las reuniones federales proveían una imagen de capacidad movilizadora luego imposible de mantener en el tiempo.

Otra divergencia de las prácticas concretas de las activistas parroquiales consistía en el lugar atribuido a las formas del esparcimiento. Las «asociaciones de señoritas» creadas en los primeros años cuarenta expresaron adecuadamente el tipo de asociacionismo capaz de contrarrestar la baja de la afiliación de los círculos. Más laxa y atendida a reuniones en las que no faltaban estímulos de diversión para acercar a las jóvenes a la oración y la piedad, las salidas colectivas parecían mejor adaptadas para conectarse con un profundo cambio que se vivía sobre la experiencia de la juventud. Durante las décadas precedentes se había vivido un proceso de complejización social y renovación cultural que disponía una transformación de la sociabilidad juvenil. Esta había alcanzado primero a los varones de las clases medias y altas, y poco a poco llegaba a las jóvenes de las mismas clases. La construcción de la juventud como una etapa relativamente durable de la vida, y la atribución a la misma de una vocación de goce, se distanciaban crecientemente de la imagen prevaleciente en la Acción Católica sobre el deber de seriedad y contrición cristiana. Por lo tanto, hubo una separación cultural entre las convicciones sobre el asociacionismo laical y los imaginarios sobre la juventud, circunstancia que dañó la atracción ejercida por la militancia católica. Además, la estructura vertical y autoritaria de la ACA impidió que las novedosas prácticas pensadas para las situaciones locales se tradujeran en una revisión de la estrategia de conquista de la sociedad.

Es fundamental neutralizar una mirada retrospectiva de este momento. El inicio de la postguerra presentó un panorama auspicioso para el activismo juvenil católico. Antes que clausurar su viabilidad, el peronismo pareció corroborar desde 1946 su alianza con la Iglesia. La conquista heroica de la sociedad estaba más vigente que nunca. En momento alguno hemos hallado evidencias del retraso o inadaptación católica a un proceso histórico objetivo. Las estrategias y tácticas de sus prácticas asociativas estuvieron por cierto sometidas a las presiones de amplios cambios de diverso orden. Pero jamás perdieron la atención de las relaciones de fuerza en las que intervinieron con la meta de modificarlas de raíz.

Fuentes editas

Publicaciones periódicas

Anhelos
Boletín Oficial de la Acción Católica Argentina
Fe y Trabajo
Ideales
Lourdes
El Pueblo

Monografías y artículos

- Asociación de las Jóvenes de la Acción Católica, 1940, *Sembrando... Para dirigentes y socias*, AJAC, Buenos Aires.
- Asociación de las Jóvenes de la Acción Católica, 1943, *Manual para dirigentes de círculos de la A.J.A.C.*, Consejo Superior de la AJAC, Buenos Aires.
- Caggiano, Antonio, 1932, *La Junta Parroquial de la Acción Católica Argentina*, Junta Nacional de la ACA, Buenos Aires.
- Caggiano, Antonio, 1939, *Problemas de Acción Católica*, Difusión, Buenos Aires.
- De Imaz, José Luis, 1987, *Escuchando a Moledo*, Asociación Cristiana de Dirigentes de Empresa, Buenos Aires.
- Ezcurra, Marta, 1937, *Primeras nociones de doctrina social católica*, Junta Central de la ACA-Secretariado Económico-Social, Buenos Aires.

Fuentes inéditas

- Reunión de Presidentas de los Círculos Parroquiales de la Asociación de las Jóvenes de la Acción Católica de Buenos Aires, *Orden del día*, 17 de septiembre y 19 de diciembre de 1942.
- Correspondencia del círculo de las Jóvenes de la Acción Católica, Parroquia de la Resurrección del Señor, Buenos Aires, 23 de agosto y 20 de octubre de 1943.

Bibliografía

- Acha, Omar, «Tendencias en la afiliación a la Acción Católica Argentina (1930-1960)» en *Travesía. Revista de Historia Económica y Social*, 12, Tucumán (en prensa).
- Bianchi, Susana, 2002, «La conformación de la Iglesia católica como actor político-social. Los laicos en la institución eclesial: las organizaciones de élite (1930-1950)» en *Anuario IEHS*, 17, Tandil.
- Blanco, Jessica, 2008, *Modernidad conservadora y cultura política. La Acción Católica Argentina (1931-1941)*, Editorial de la Facultad de Filosofía y Humanidades, Córdoba.
- Di Stefano, Roberto, 2011, «Por una historia de la secularización y de la laicidad en la Argentina», en *Quinto Sol*, 15, La Pampa.

- Galíndez, Mercedes, 2010, «Prensa y movilización de masas en el Congreso Eucarístico Internacional de 1934» en *Ecos de la Historia*, 6, Buenos Aires.
- Lida, Miranda, 2011, «Por una historia social y política del catolicismo en la Argentina del siglo XX», en *Polhis*, 8, Buenos Aires.
- Lida, Miranda y Mauro, Diego (coords.), 2009, *Catolicismo y sociedad de masas en Argentina, 1900-1950*, Prohistoria Ediciones, Rosario.
- Mallimaci, Fortunato, 1991, «Movimientos laicales y sociedad en el período de entreguerras. La experiencia de la Acción Católica en la Argentina», en *Cristianismo y Sociedad*, 108, México.
- Mauro, Diego, 2011, «Multitudes y movilizaciones católicas en la Argentina de entreguerras. Cuestiones metodológicas e historiográficas» en *Polhis*, 8, Buenos Aires.